EL MISTERIO DEL NACIMIENTO Y LA MUERTE

En la carta precedente explicamos que el más allá no es el cielo tan ardientemente esperado. Junto con el *aquí abajo* forman las dos partes de este mundo dialéctico; la única diferencia es que una es visible y la otra invisible. Según esto, todos los fenómenos suprasensibles pertenecen sin lugar a dudas a este mismo mundo.

El Reino Divino Original posee una Esencia completamente diferente a la del mundo dialéctico.

También hicimos alusión a la rueda de la existencia humana: de la cuna a la tumba y de la tumba a la cuna. En esta carta quisiéramos examinar más de cerca este tema.

La comprensión del ciclo de la vida humana supone el conocimiento del sistema vital del hombre: el hombre no está compuesto solamente de un cuerpo físico, sino que es un conjunto mucho más complejo, cuya estructura es comparable a la de la Tierra. Por esta razón se le llama ***Microcosmos***, o "***pequeño mundo".*** Como se sabe, nuestro planeta está rodeado por varias esferas. Citemos a título de indicación: la tropósfera, la estratósfera, la ionósfera, todas ellas rodeadas por el cinturón de radiaciones de Van Allen. El sistema vital del hombre tiene también forma de esfera y el cuerpo de carne y de sangre es sólo su parte visible.
Los otros cuerpos pertenecientes a este sistema esférico se denominan cuerpos sutiles y están regidos por diversas fuerzas. Es necesario entender exactamente lo que sucede con estos cuerpos después de la muerte. Ya que, aunque en el momento de la muerte abandonamos el cuerpo físico, los otros cuerpos subsisten todavía por algún tiempo. Este tema particular será desarrollado en la cuarta carta de la presente introducción a nuestra Filosofía.

Una comparación le hará entender fácilmente lo que es esta rueda del nacimiento y de la muerte. Solemos ver salir el sol por la mañana al Este; al mediodía se encuentra en el Cenit, para desaparecer en el Oeste por la tarde. Sin embargo, sabemos que el sol continúa su curso para volver a aparecer al día siguiente.

Lo mismo ocurre con la rotación de nuestra vida. Contrariamente a la opinión admitida generalmente, la vida humana no se termina con la muerte, sino que está sometida a un movimiento ininterrumpido y sólo en ciertas condiciones, de las que le hablaremos pronto más detalladamente, podemos darle fin.

Si estas condiciones no se llevan a cabo, la muerte aquí abajo no es liberadora, sino que significa el tránsito hacia el mas allá. El día de la existencia humana es seguido por la noche, y la noche, a su vez, deja paso al día. Por consiguiente, la estancia en el más allá no es eterna. Se termina con un nuevo nacimiento en la esfera material. Más adelante, veremos cómo se disuelven en el más allá los diferentes cuerpos del sistema humano.
Aunque el microcosmos haya perdido estos cuerpos, conserva, no obstante, las huellas de la existencia pasada en la tierra. Conforme a estas huellas y en cierta manera forzado por su poder, el microcosmos adopta una nueva personalidad, un nuevo vehículo, al comienzo de un nuevo ciclo de vida. Dicha personalidad experimentará un destino, determinado en parte por las experiencias adquiridas en las vidas anteriores.

¡Este proceso se efectúa inexorablemente!

La presentación aquí dada sobre los ciclos de la existencia humana sin duda le parecerá nueva e incluso sorprendente. Sin embargo, muchas de las personas que buscan, y en particular los que han estudiado las filosofías orientales, conocen la ley de la reencarnación.

Para el hombre, la muerte es siempre un acontecimiento horroroso, un tenebroso misterio aparentemente insondable.

Todo hombre sabe que la muerte significa el fin de todos sus esfuerzos en este mundo. Es entonces comprensible que esta despiadada realidad, con la que cada ser humano, sin excepción, es confrontado, conduzca a tan pocos de entre ellos a preguntarse: "¿Cuál es la razón de la muerte?", "¿A dónde voy después de la muerte?"

La mayoría de los hombres tratan de ignorar este acontecimiento que, sin embargo, está unido a tantas penas y a tantos dolores. Muchos son los que tratan de acallar este final inevitable.

En realidad, no hay verdaderamente un fin, ya que el plano de la materia sutil, el más allá, el reino de los muertos, no es de ninguna manera el *"Reino de Dios", el "Reino Inmutable*", sino sólo la parte invisible de nuestra esfera. También ella está sometida al cambio continuo y a la ley del tiempo y refleja exactamente todos los procesos que se desarrollan en nuestra esfera material y puesto que es un reflejo del aquí abajo, la denominamos también *"esfera reflectora".*

El hombre no llega al más allá como si llegase a su morada eterna. Entonces, ¿Qué ocurre con el hombre después de la descomposición de su cuerpo material, el cual, como sabemos, se disuelve lentamente y se vuelve polvo? ¿Es solo una hoja caída?

Los cuerpos sutiles que nuestra cuarta carta definirá, llegan a las esferas supuestamente *celestes* o *infernales* del más allá, y allí se disuelven también después de un tiempo más o menos largo. De cada uno de estos cuerpos sólo subsiste un núcleo, un átomo, que lleva en su seno, grabado como en una memoria, la suma de las experiencias vividas, su sustancia.

La calidad intrínseca de este núcleo constituye la trama de lo que llamamos el karma. Es conservado en el interior del microcosmos del que hablábamos al principio de este resumen.
Los actos y los pensamientos de los anteriores habitantes de su microcosmos le han predispuesto hacia un determinado destino. Así se explican las diferencias entre las vidas de los hombres, consecuencia directa de la ley del karma, la ley de causa-efecto.

Cada nueva existencia terrestre comienza así en unión completa y fatal con el pasado. La rueda de la vida comienza una nueva rotación. El camino de la cuna a la tumba ha vuelto a empezar.

¿Hasta cuándo durará este proceso?

Llegará el día en el que después de un número incalculable de vidas sucesivas, un deseo ardiente de liberación verdadera se elevará de la conciencia del hombre. Este impulso le impondrá la búsqueda del verdadero sentido de la vida. Si recibe una respuesta a su ***por qué,*** si se vuelve consciente de su relación

con las leyes de la naturaleza, su pregunta será: "¿Cómo podemos liberarnos de esta rueda del nacimiento y de la muerte?"

Solamente podremos liberarnos de esta rueda inexorable, cuando nos hayamos decidido firmemente a regresar a nuestra Patria Original, aceptando sin reservas las exigencias del Renacimiento.

Este regreso exige la realización de un proceso: ***la inversión de las personalidades***, es decir un cambio total que conduce a la Transfiguración. Nadie puede sustraerse a ello si aspira a la Liberación. El Renacimiento de la personalidad Original implica la destrucción de la personalidad nacida de esta naturaleza. Esta es la única llave capaz de abrir las puertas de la Liberación y que nos ayuda a romper las cadenas que nos atan a esta naturaleza.

Es la única salida posible en nuestra época.

Por consiguiente, no basta con llevar una vida piadosa, buena o dedicada a actos humanitarios. ¡Se necesita cambiar radicalmente! Esta renovación indispensable no es un proceso automático, sino que exige un trabajo interior consciente, una cooperación activa, una respuesta a la AYUDA que se nos ofrece.

Puede suceder que el hombre cuyo corazón esta espiritualmente adormecido llegue a considerar su existencia en esta tierra como una pesada carga. Sin duda conseguirá a veces aliviarla de diversas maneras, ya sea trabajando para el mantenimiento de la especie humana, o bien dedicándose a algún ideal humanitario, político o religioso. En cuanto a la gran masa humana, ella sigue siempre el camino más fácil; vive rutinariamente teniendo como objetivo único la satisfacción de sus instintos.

Hay hombres, sin embargo, que buscan ardientemente la Verdad Eterna y la realización del verdadero fin de la vida.
El desarrollo banal de la existencia no les satisface. Sienten en ellos la ausencia de algo esencial. Este sentimiento, este deseo insistente procede del punto central del sistema microcósmico, de la *"Rosa del Corazón", de la "Joya en el Loto" y*a que éste es el último vestigio del Hombre Divino.

No obstante, este despertar, esta toma de conciencia, esta necesidad de una verdad fundamental no conduce enseguida al buscador al camino de la Transfiguración. Muchos obstáculos le acechan. Muchas veces se encuentra atraído por comunidades confesionales o filosóficas en las que se practica una bondad forzada, un cultivo de la personalidad, con el fin –cree él- de volver a conquistar el estado Divino perdido.

La decepción que de ello resulta puede conducir también al buscador a practicar el ocultismo. Con ello ya no se persigue el cultivo de la personalidad, sino su división por medio de métodos y ejercicios que extienden su conciencia hasta los planos sutiles. De esta forma, los ocultistas pueden tener una visión del más allá, estando todavía vivos y asegurarse en él un lugar para más tarde.

Por todos estos medios se engaña al buscador y se le hace creer que se puede *llegar al cielo* y conquistar la eterna bienaventuranza sin la regeneración y sin la muerte del *yo.* Todos ellos evitan la indispensable renovación y mantienen muchas veces de una manera sutil la conciencia del yo.

Por lo tanto, no podemos acercarnos al Universo Divino Original ni con el yoga ni con ejercicios respiratorios ni con ninguna clase de cultivo de la personalidad, como tampoco por medio del humanitarismo o de una religiosidad piadosa.

El Reino de Dios no es de este mundo y la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de Dios.

Sólo hay un Camino Liberador, una Única posibilidad para volver al estado Original: hacer que la antigua personalidad sea reemplazada paulatinamente por una nueva estructura, teniendo como base el último vestigio Divino, la Rosa del Corazón.

Esta Transfiguración exige la construcción de una personalidad completamente nueva. La Enseñanza Universal nunca ha cesado de incitar a todos los que buscan de manera verdaderamente consciente a que la realicen.

Afectuosamente,
TRABAJO DE ATRIO